

## LA BATALLA ENTRE EL BIEN Y EL MAL EN LA «HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS» DE GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

ANA MARÍA GUILLAMÓN PÉREZ  
*Universitat de Barcelona*

CITA RECOMENDADA: Ana María Guillamón Pérez, «La batalla entre el bien y el mal en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Nuevas de Indias. Anuario del CEAC*, V (2020), pp. 1-31.

DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/nueind.66>

Fecha de recepción: 3 de marzo de 2020 / Fecha de aceptación: 17 de octubre de 2020

### RESUMEN

Para Oviedo, América fue la Tierra Prometida, el Jardín edénico, pero también el Imperio del Demonio. Su *Historia General y Natural de las Indias*, tan abarcadora, minuciosa, y tan moral, representó el choque de estos dos escenarios; la pugna librada en el Nuevo Mundo entre las fuerzas del Bien y el Mal, ambas protagonistas en su voluminosa crónica. Frente a una exultante naturaleza –símbolo de inocencia, abundancia y divinidad–, hambre, plagas, enfermedades, adversidades naturales, todos los pecados capitales e innumerables fuerzas diabólicas danzaron por su *Historia*, cual desfile apocalíptico, acongojando al lector. A partir del Libro XXIX, sobre las crueldades de Pedrarias y sus esbirros, y denominado «infernial»; y del desalentador Libro L de «Infortunios y naufragios», este artículo pone su foco en los padecimientos de conquistados y conquistadores, en el modo en que Oviedo enjuició a estos actantes y en cómo narró sus trágicos avatares en tierras indianas.

### PALABRAS CLAVE

Bien, Mal, padecimientos, Fernández de Oviedo, crónicas de Indias.

## ABSTRACT

For Oviedo, America was the Promised Land, the Edenic Garden, but also the Demon Empire. His *Historia General y Natural de las Indias*, so comprehensive thorough, and so moral, represented the clash of these two scenarios; the struggle waged in the New World between the forces of Good and Evil, both protagonists in their voluminous chronicle. Faced with an exultant nature –symbol of innocence, abundance and divinity–, hunger, plagues, diseases, natural adversities, all capital sins and countless diabolical forces danced for his *Historia*, like an apocalyptic parade, distressing the reader. From Book XXIX, on the cruelties of Pedrarias Dávila and his minions, and called «infernals»; and of the discouraging Book L, on «Infortunios y naufragios», this article focuses on the sufferings of conquered and conquerors, on the way in which Oviedo prosecuted these actants and on how he narrated his tragic avatars on Indian lands.

## KEYWORDS

Good, Evil, sufferings, Fernández de Oviedo, chronicles of the Indias.

Grandes son las desventuras que los hombres han pasado en estas nuestras Indias, e intolerables muchas de ellas, e las más, buscadas por los que las han padescido.

Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*<sup>1</sup>

Convergerán los lectores de la *Historia general y natural de las Indias* (1535-1557) en el carácter didáctico-moral de esta crónica. Como señala Coello de la Rosa, «las grandes expectativas creadas por el descubrimiento de las Indias y la posibilidad de implantar en ellas una sociedad más justa y armónica»,<sup>2</sup> tan apreciables en los primeros libros

<sup>1</sup> Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*; edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Biblioteca de Autores Españoles, Atlas, Madrid, 1959, vols. 117-21; vol. 121, tomo V, libro XLIV, proemio, p. 14. En lo sucesivo, todas las citas referentes a esta obra se harán por esta edición, señalando volumen, tomo, libro, capítulo y página.

<sup>2</sup> Alexandre Coello de la Rosa, «Gigantes y patagones como relato épico retórico en el Libro XX de la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés», *Revista de Estudios Hispánicos*, vol. XXXIV, núm. 1 (2007), p. 22.

de la *Historia*, se fueron diluyendo en tanto crecía su ingente labor testimonial. En la década de los cuarenta, la fascinación de Oviedo hacia la armoniosa naturaleza indiana había cedido el paso a una férrea preocupación por el mal gobierno, el descontrol y la retahíla de desventuras que se sucedían en el Nuevo Mundo. El discurso del cronista imperial, que debiera glorificar la empresa española, se tornaba tan peligroso como contradictorio para la Corona,<sup>3</sup> atestado de despiadadas crueldades y de sufrimientos dispares. Y como única alternativa de acción, en su atribución de legislador y reformador,<sup>4</sup> proclamaba y ensalzaba la «verdad», y a modo de *exemplum*, contrastaba persuasivamente las hazañas modélicas y propias del buen cristiano con «los hechos dolosos y desastrosos» de los malos pobladores, en pro de la instrucción y «mejoramiento moral y material de sus lectores».<sup>5</sup> El deseo de reconocimiento que tanto adoleció a Fernández de Oviedo le hizo, asimismo, erigirse, como sujeto ejemplar, hombre común y, estratégicamente, también víctima y, por ende, sufridor de múltiples padecimientos en tierras americanas.<sup>6</sup>

<sup>3</sup> A propósito de las críticas abiertas hacia los propios conquistadores, Charles B. Moore subrayaba que «la historia, como agente moralizador clásico vuelto herramienta de propaganda renacentista, tenía, por ende, sus riesgos tanto para el historiador ... como para la Corona. Tal vez en ningún otro escritor colonial son las contradicciones de conquista y crítica más evidentes que en Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557)». Véase Charles B. Moore, «Conquista y crítica: el arte de la invectiva contra Hernando de Soto en la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo», *South Atlantic Review*, LXXIV: 4 (2009), pp. 67-87.

<sup>4</sup> Para Gerbi, Oviedo «es un firme creyente católico, un hidalgo y un español, con toda la altivez e incluso toda la vanagloria de su nación y de su rango, un funcionario, cuya lealtad al emperador conserva todavía mucho de devoción personal del vasallo a su señor. La actitud de Oviedo frente a ese mundo de indios y de españoles, de soldados y de capitanes, de clérigos y de notarios, de tesoros y de matanzas, revela una perturbación de conciencia, que no llega a una verdadera tragedia espiritual, que más bien se esconde a menudo bajo un fácil moralismo ... ». Véase Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, p. 36.

<sup>5</sup> Charles B. Moore, «Conquista y crítica», p. 69.

<sup>6</sup> Para un análisis más exhaustivo del «yo» en la *Historia general y natural de las Indias* es interesante el estudio de Benita Sampedro Vizcaya, «Historia oficial

Veedor de fundiciones de minas y cronista del Emperador en las colonias, es difícil obviar el papel relevante que la circunstancia americana le otorgó como escritor, como historiador, a aquel siempre curioso observador de dudoso linaje, criado en las aguas movedizas e intrigantes de ambientes cortesanos. Acostumbrado, sin deslumbrarse, al desfile de los más insignes personajes de su época; a caer y a levantarse para medrar; arribó a aquellas islas para granjearse profesionalmente un futuro, para «labrarse su propia e independiente posición, y no continuar siendo, como hasta entonces, hombre de confianza ... al servicio de los demás».<sup>7</sup> Qué duda cabe que no solo lo consiguió,<sup>8</sup> sino que se hizo un hueco memorable en la historia.

versus historia personal: las fronteras del “yo” en la crónica de Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo», en *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Madrid 6-11 de julio de 1998)*, eds. Florencio Sevilla y Carlos Alvar, Castalia, Madrid, 2000, pp. 376-384.

<sup>7</sup> Manuel Ballesteros, «Escribano y notario», *Gonzalo Fernández de Oviedo*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1981, p. 78.

<sup>8</sup> Varios habían sido los intentos fallidos de Oviedo por mantener una escribanía pública en España. Pese a que en 1506 era nombrado Notario Público y secretario del Consejo de la Santa Inquisición, gracias al apoyo de Fray Diego de Deza, perdería el cargo cuando este se vio obligado a dejar el puesto. De 1507 a 1511, fue Escribano Público de Madrid, pero cuando el Duque de Calabria fue encarcelado, Oviedo veía esfumarse no solo su protección sino también sus ocupaciones. El ofrecimiento para ocupar la Secretaría del Gran Capitán cayó, por último, en saco roto, cuando Fernández de Córdoba era dado de lado para liderar las tropas en Italia contra Francia. Con una economía maltrecha –se había arruinado gastando una fortuna en trajes, caballos y armas para acompañar con propiedad al ilustre Capitán–, que el influyente secretario real Lope de Conchillos lo aceptara como teniente en las Indias y el haber conseguido en 1513 el cargo de Veedor de las fundiciones del oro del Darién dio nuevas esperanzas a las aspiraciones de Oviedo. Acompañado del nuevo gobernador, Pedrarias, desembarcaba en Santa Marta el 12 de junio de 1514 para dar un viraje rotundo y definitivo a su vida. Tras 34 años de lucha por ascender social y económicamente, encontraba por fin un lugar para lograr autonomía y una posición. En 1532, se colmarían sus anhelos. Con 54 años y como compensación por perder la gobernación de Cartagena, Francisco de los Cobos, secretario del Consejo de Finanzas del Emperador, le concedía «un salario

Tenaz observador, embriagó con la precisión de su palabra llana, e, incluso, siguiendo las tradiciones iconográficas de la pintura del Renacimiento, auxilió al lenguaje, cuando lo precisaba, con dibujos asombrosos; retransmitió, a partir de lo sensorial, el exótico aspecto visual de los fecundos parajes antillanos, sus olores, sus texturas o el gusto de frutas nunca vistas; y nos legó las descripciones más minuciosas de la fauna americana. Ni tan siquiera los fenómenos naturales de aquellas lides escaparían a su atención. En tanto elementos regidos por los designios divinos, tormentas magnánimas, mares embravecidos o erupciones volcánicas acongojaron a fieles y pecadores; unas veces como pruebas, otras como castigos; siempre narrados con profusa precisión.

Con el modelo de la *Historia natural* pliniana, recaló, asimismo, en la singularidad del indio. Sus vicios, sus idolatrías y su debilidad intelectual fueron definidos siguiendo la tradición judeocristiana y en permanente contraste con la superioridad de los españoles. Dedicó cientos de páginas de su *Historia* a los enfrentamientos bélicos contra aquellos paganos bárbaros y salvajes. Describió formas de guerrear, mutilaciones, vejaciones, martirios y castigos, enfermedades y demás atroces penalidades humanas sufridas en aquellas tierras. Y si bien persiste la tendencia de vincularlo con el antiindigenismo,<sup>9</sup> es preciso señalar que, ante

para averiguar las cosas concernientes a la geografía e historia del Nuevo Mundo, con la obligación de enviarlas al Consejo para ser incorporadas a la Crónica Real de Castilla, ... nombrado cronista real en un momento crucial de debate acerca de la legitimidad del dominio político de las Indias» (Alexandre Coello, «Imperialismo y Divina Providencia», en *De la naturaleza y el Nuevo Mundo: maravilla y exotismo en Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1537)*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 2002, pp. 32-34). Véanse el capítulo «Años españoles» en Manuel Ballesteros, *Gonzalo Fernández de Oviedo*, pp. 69-82.

<sup>9</sup> Si bien los indígenas no le transmitieron ninguna simpatía, como señala Salas, «como la mayor parte de los hombres de su época, parece llevado por el tácito concepto de que lo que se aparta de las costumbres habituales del europeo, y más particularmente del español, afecta el sentido moral, recayendo en el campo del vicio, del pecado o la aberración. Para la generalidad del conquistador español, y particularmente en los primeros tiempos, ... la única cultura que existe es aquella de la cual son portadores y exponentes. Por esto no podemos esperar de Oviedo com-

los horrores de la historia, fue mutando su perspectiva optimista inicial hacia una especie de «pesimismo histórico»,<sup>10</sup> para finalmente establecer una «correspondencia entre la barbarie de los nativos y la barbarie de los conquistadores».<sup>11</sup> Porque, consciente de que no testimoniaba de oídas desde palaciegos despachos en España y sabedor del costoso precio de la experiencia, de los peligros y padeceres que corría el que, como él, peregrinaba por aquellas tierras inhóspitas, se sintió acreditado para enjuiciar con severidad la degeneración de indios, pero también para detallar lo glorioso y vergonzoso de aquella empresa imperial, ensalzando como ilustres ejemplos a los Colón, Ponce de León o Hernán Cortés, pero denunciando la insaciable codicia, la deshonestidad y la desmesurada crueldad de los Pedrarias Dávila, Quevedo, Pizarro o Pánfilo de Narváez, entre otros. Conquistadores desalmados y envilecidos por el oro, juristas mentirosos, encomenderos desleales, misioneros viles o frailes lujuriosos: son «muy pocos los conquistadores que se escapan del último balance»<sup>12</sup> que este regidor emitió, desde su fortificación antillana.

Es, por ello, la *Historia* de Fernández de Oviedo un autorizado compendio de padecimientos humanos en el Nuevo Mundo. Infortunios y catástrofes naturales, sufrimientos corporales y fantasmas que encontraron morada en los recintos más oscuros del alma desfilaron por la crónica para acongojar el espíritu del lector. Ondeando la bandera de su «alto sacerdocio de la verdad» y «una religiosa entrega a la exactitud»<sup>13</sup> recaló el cronista madrileño en las experiencias dolorosas de los siervos

prensión del ritmo de la vida indígena, la antropofagia y otras prácticas que le parecen y le resultan profundamente repugnantes». Véase Alberto M. Salas, *Tres cronistas de Indias. Pedro Mártir, Oviedo, Las Casas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, pp. 118-119.

<sup>10</sup> Antonello Gerbi, «La visión del mundo histórico y natural», en *La naturaleza de las Indias Nuevas: de Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, p. 310.

<sup>11</sup> Alexandre Coello de la Rosa, «¿Indios buenos?, ¿Indios malos?», en *De la naturaleza y el Nuevo Mundo*, p. 119.

<sup>12</sup> Alberto Salas, «Fernández de Oviedo, crítico de la conquista y de los conquistadores», *Cuadernos Americanos*, LXXIV (1951), pp. 160-170.

imperiales y en los martirios a los amerindios sin escatimar en detalles, por repulsivos o abominables que resultaran. Pues,

Yo sé cierto que digo verdad en lo que escribo, ... Y sé que en estas historias se hallarán particulares materias que contenten a unos y enojen a otros; ... porque ... han pasado muchas diversidades de hombres ... cobdiciosos ..., idiotas, e ... envidiosos, ... más personas de baja sangre que hidalgos ilustres.<sup>14</sup>

Y acudiendo al Eclesiastés (cap. IV, vers. 30), añadía:

En ninguna manera contradigas la palabra verdadera». No consienta Dios que yo diga cosa que me deje escrúpulo ni pecado por mi parte.<sup>15</sup>

Para sentenciar, citando a San Pablo:

Conviene que todos parezcamos delante del tribunal de Cristo, para que cada uno dé cuenta del *bien* o *mal*<sup>16</sup> que ha fecho.<sup>17</sup>

Este estudio se centra en la pugna entre el Bien y el Mal que se libró en su *Historia*; en cómo representó a conquistados y conquistadores y en el modo en qué enjuició a estos actantes. Para ello, nos detendremos en la imagen dual, de contrapuestos, que proyecta Oviedo del Nuevo Mundo; en su Libro XXIX, dedicado especialmente a las crueldades de Pedrarias Dávila y sus esbirros en Castilla del Oro, y definido por Alberto M. Salas como «libro infernal»:<sup>18</sup> y en el Libro L, sobre «Infortunios y nau-

<sup>13</sup> Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo.*, p. 268.

<sup>14</sup> Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. 120, tomo IV, libro XIV, proemio, p. 7.

<sup>15</sup> Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. 120, tomo IV, libro XIV, proemio, p. 7.

<sup>16</sup> Las cursivas son nuestras.

<sup>17</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 120, tomo IV, libro XIV, proemio, p. 8.

<sup>18</sup> Alberto Salas, «Fernández de Oviedo, crítico de la conquista y de los conquistadores», p. 164.

fragios» que incorporó el Oviedo más desalentado y pesimista al final de su crónica. Y en un intento serio de comprender a este singular personaje, también en algunos avatares trágicos de su andadura vital, por esa sinergia que se establece entre vida y obra.

#### ENTRE LAS FUERZAS DEL BIEN Y DEL MAL

En el imaginario oviedense, América es la Tierra Prometida, el Jardín edénico, pero también el Imperio del Demonio. *La Historia General y Natural de las Indias* de Fernández de Oviedo y Valdés, tan abarcadora y minuciosa, y tan moral, representó el choque de estos dos escenarios; la pugna que, para este autor, se libró en el espacio del Nuevo Mundo entre las fuerzas del Bien y el Mal, ambas protagónicas en su monumental crónica.

El proceso de asimilación de la realidad americana lo llevaría a inventariar, primeramente, la naturaleza de Las Indias. Su mirada es la de un hombre europeo exultante ante la sublime belleza del novedoso medio natural. Ese hechizo es gradual y se acrecentará en los primeros libros de su crónica, en la que describe, con una prosa precisa, elegante y sin artificios, lo que percibe a través de todos sus sentidos. Se autoexige exactitud en su intento de ser objetivo, pero no consigue mantener la distancia como narrador. No puede dejar de contrastar el Nuevo Mundo con el Viejo. Para nuestro cronista, aquellas tierras eran un regalo de Dios a la nación española,<sup>19</sup> una prolongación del imperio. La armonía de aquella belleza fomenta, asimismo, la contemplación divina. Consecuentemente, Las Indias de su *Historia* parecen corresponderse con el idílico Jardín del Edén y la Ciudad de Dios, como espacio del Bien.

Tierra de ilusiones y de esperanzas de progreso, la excelsa natura indiana es, además, dadora de preciados bienes materiales. Sin embargo, «lo sustancial y rentable ... es la conjunción del oro con poblaciones domeñables».<sup>20</sup> La evangelización se lee como acto de bondad y el indí-

<sup>19</sup> Alexandre Coello, *De la naturaleza y el Nuevo Mundo*, p. 47.

<sup>20</sup> Juan Pérez de Tudela, «Vida y escritos de Gonzalo Pérez de Oviedo», pp. 43-45.

gena pasa a ser el verdadero protagonista. El Oviedo etnógrafo nos ofrece concisos detalles de las civilizaciones aborígenes, de las que se ocupa sistemática y metódicamente.<sup>21</sup> Reconoce la humanidad del nativo y acepta que posee alma, pese a que aquellos indios olvidaran a su Creador al ser poseídos por el Maligno. Aunque sea mordaz en las descripciones del indígena e implacable en sus enjuiciamientos morales es, sin embargo, capaz de reconocer al hombre americano su derecho a defenderse («que esta gente, aunque salvaje, viendo entrar en su tierra gente extraña e con mano armada, no es de culpar su alteración, sino de loar su sufrimiento»),<sup>22</sup> Mas, si bien se observa una evolución en su mirada, que tiende a hacerse más flexible en los últimos libros, su férrea rectitud cristiana lo conduce a establecer una diferenciación maniquea entre el indio bueno (pacífico, habilidoso en sus menesteres y que ha abrazado la fe de Dios) y el indio malo (guerrero, pagano y, por tanto, bestial y endemoniado). No podemos obviar el utópico modelo de colonización que, a su llegada a las Indias, tiene en mente el primer Oviedo, ni sus ilusas expectativas de convivencia pacífica y armónica con aquellos nuevos vasallos de la Corona. Lo que espera encontrar es un inmenso vergel paradisiaco poblado de indios serviles, dispuestos a ser cristianizados. Taínos pacíficos a los que poder encandilar por la buena de Dios al trabajo de explotación de minas auríferas para beneficio del Imperio. Esa ilusión de indios mansos colisiona en seguida con la verdadera, con la beligerante realidad americana; con una Tierra Prometida que transmuta en espacio indomable, en Tierra de Perdición.

El conquistador convierte el entorno del indio en un espacio apocalíptico y, pese a que esa concepción bucólica de tierra edénica siga proyectándose en su obra, convive inextricablemente con la imagen de Las Indias como jardín infernal. «Todo es bosque o jardín infernal, hasta que la misericordia divina permita el mejoramiento de los naturales»,<sup>23</sup> lamenta el cronista de la Corona. El indígena se erige como símbolo de

<sup>21</sup> Alberto M. Salas, «Indios y conquistadores», *Tres cronistas de Indias. Pedro Mártir, Oviedo, Las Casas*, p. 118.

<sup>22</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 118, tomo II, libro XVII, cap. XI, p. 129.

<sup>23</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 120, tomo IV, libro II, cap. IV, p. 363.

grotesca deformidad; «cuanto más diferentes con respecto al canon de belleza europeo, más retrasados y feos le parecen».<sup>24</sup> Son pueblos propensos a la bebida, fornicación, sodomía y canibalismo. En el Proemio a su Libro V hace una descripción hiperbólica de sus cabezas, que «rompen espadas», y de su entendimiento, «bestial y mal inclinado».<sup>25</sup> Asimismo, y retomando artes medievales como la magia y la brujería, Fernández de Oviedo vincula al indio con el Diablo y con rituales oscuros:

Y no he hallado en esta generación cosa entre ellos más antiguamente pintada ni esculpida ... ni tan principalmente acatada o reverenciada, como la figura abominable e descomulgada del demonio, ... con muchas cabezas y colas, e diformes y espantables, e caninas e feroces dentaduras, con grandes colmillos, e desmesuradas orejas, con encendidos ojos de dragón e feroz serpiente, e de muy diferenciadas suertes, y tales, que la menos espantable pone mucho temor y admiración ... Y en madera, de barro y de oro, e en otras cosas, cuantas ellos pueden, lo esculpen y entallan, o pintan ... ferocísimo, como quien él es. Al cual ellos lo llaman cemí, y a éste tienen por su Dios ... En esta Isla Española, *cemí* ... es el mismo que nosotros llamamos diablo.<sup>26</sup>

«¿Cómo podía la naturaleza, como parte de la obra y la gracia de Dios, ser inmaculada, y a la vez, contener seres cuyo comportamiento se asemejaba más al de las bestias?».<sup>27</sup> Al devoto escribano le acucian cuestionamientos morales, ante la misteriosa negativa de aquellos infieles al bautismo. Desde su ortodoxia extrema, se plantea cómo tener «miramientos piadosos con los que se sabía condenados a las llamas infernales por herencia de incontables generaciones».<sup>28</sup>

Por ende, están las acciones depredadoras de los españoles en el Nuevo Mundo, que Fernández de Oviedo denunciará reiteradamente. Su acu-

<sup>24</sup> Alexandre Coello, «La semilla del diablo», *De la naturaleza y el Nuevo Mundo*, p. 143.

<sup>25</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 117, tomo I, proemio al libro V, p. 111.

<sup>26</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 117, tomo I, proemio al libro V, p. 112.

<sup>27</sup> Alexandre Coello, *De la naturaleza y el Nuevo Mundo*, p. 134.

<sup>28</sup> Pérez de Tudela, «Vida y escritos de Gonzalo Pérez de Oviedo», vol. 117, tomo I, p. 52.

sación frente al maltrato indígena es clara, pues, pese a su compromiso con el imperio, el cronista real no puede negar las evidencias. El criticismo hacia los métodos inhumanos y corruptos de los conquistadores, encomenderos y frailes<sup>29</sup> queda bien definido, asimismo, en su *Historia*. Las líneas que siguen testimonian cómo, frente a los abusos de los explotadores esclavistas, los desesperados indios se infligían incluso su propia muerte:

Pues como las minas eran muy ricas, y la cobdicia de los hombres insaciable, trabajaron algunos excesivamente a los indios; otros no les dieron tan bien de comer como convenía; e junto con esto ... muchos dellos ... se mataron con ponzoña ... , y otros se ahorcaron por sus manos propias, y a otros se les recrescieron ... viruelas pestilenciales que ... que en breve tiempo los indios se acabaron. Dieron asimismo gran causa a la muerte desta gente, las mudanzas que los gobernadores e repartidores hicieron de estos indios; ... andando de amo en amo e de señor en señor, e pasando los de un codicioso a otro mayor, ... fue para que ... muriesen los indios. Y llegó a tanto el negocio, que no solo fueron repartidos ... a pobladores, ... también se dieron a caballeros e privados ... ; y lo que los franciscanos amonestaban, negaban los dominicos ... ; quiero decir que en lo que los unos estaban, nunca los otros veían en ello en un mismo tiempo ... . Y estas cosas son peligrosas ... .<sup>30</sup>

Coincide la crítica, finalmente, en que este «tenaz defensor de la conquista, hacia el fin de su vida llegó a preguntarse qué derecho había para

<sup>29</sup> Frente a todas sus reprobaciones, es interesante analizar las medidas que tomó Oviedo para el gobierno de Darién. Con ese rígido sentido de la justicia que lo caracterizó, se mostró, como era de esperar, del todo inflexible con los amancebados, los blasfemos, y los escribanos fraudulentos. Tampoco el indio de Oviedo se liberó de cargas. Pese a que no lo considerara como esclavo por naturaleza, como encomendero, defendió siempre la necesidad del empleo de mano de obra indígena para la explotación de las tierras y minas. No obstante, procuró, en beneficio de la región, sustanciales mejoras, como iniciar un comercio con los caribes o instaurar penas a quienes maltratasen a las mujeres indias, fomentando un entorno cordial de convivencia.

<sup>30</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 117, tomo I, libro II, cap. VI, pp. 63-68.

avasallar al indio y reconoció que la codicia y el afán de lucro eran los males que desde dentro corrompían al imperio». <sup>31</sup> Ciertamente, a partir de la década de los cuarenta, «su» indio fue tomando la consistencia de víctima, «asignándoles incluso actitudes de devoción cristiana». <sup>32</sup> Su *Historia* delataba su mirada contrariada, y proyectaba la imagen de esa América dual, de polos opuestos. Un retrato que desvela la pugna entre el Bien y el Mal que sintió que se está entablando en aquel espacio americano.

#### LOS SUFRIMIENTOS DE LOS ESPAÑOLES EN LAS INDIAS

Y en el primero pueblo della, que se dice Pica, hallaron muchas armas e ropa de españoles que habían muerto; y con muchas lagrimas el adelantado los hizo enterrar. Cosa de mucha lástima e compasión sería oír las crueldades que ensayaron los indios en las muertes que les dieron, pues tenían los cuerpos despedazados y los sesos sembrados por las paredes, con su sangre pintadas sus bellaquerías, de forma que notificaban clara e cierta enemistad capital que tienen el nombre de cristiano.

Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*<sup>33</sup>

Es obvio que la vida era arduo dificultosa en Las Indias. América emerge como un espacio peligroso para el colonizador, como otro enemigo al que hay que vencer. En aquella aventura épica el europeo debe combatir con selvas hostiles, paisajes abruptos, cambios climáticos...; debe adaptarse a un medio natural totalmente ajeno, si desea sobrevivir. Surge entonces un ánimo reivindicativo del heroico expedicionario.

Frente a la degeneración del amerindio, Oviedo trata de imponer la imagen positiva de los españoles. El cronista detalla con minuciosidad los múltiples reveses a los que el colonizador debe enfrentarse en su viaje a las Américas, para luego poder justificar la concesión de tierras,

<sup>31</sup> José Juan Arrom, «Gonzalo Fernández de Oviedo, relator de episodios y narrador de naufragios», *Casa de las Américas*, vol. 141 (1983), p. 123.

<sup>32</sup> Alexandre Coello, «¿Indios buenos, indios malos?», p. 118.

<sup>33</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 121, tomo V, libro XLVII, cap. VI, p. 149.

las encomiendas y los privilegios que se les otorgaban a estos conquistadores, así como para exculparlos de ciertos excesos. Los peligros que acechan en el Nuevo Mundo y que describe son dignos de un catálogo de los horrores. Además de las sangrientas contiendas y de las malas inclinaciones de los indios, hallamos motines (Libro III, Cap. IX, p. 74), piratería, naufragios, animalias feroces como las «culebras ponzoñosísimas», (Libro VI, Cap. XXIII, p. 181), o brujas infernales, como la que habita en el interior del volcán de Masaya, que los naturales identifican como la entrada al Infierno. Así nos presenta el cronista lo que le testimoniaron sobre esa anciana maléfica. Nótese la detallada descripción física de esa «vieja» con tez oscura, rasgo de la malignidad:

Oí decir a aquel cacique de Lenderi que había él entrado algunas veces en aquella plaza, donde está el pozo de Masaya, ... e que de aquel pozo salía una mujer muy vieja, desnuda, con la cual ellos hacían su monexico (que quiere decir concejo secreto), ... e que ella les decía si habían de vencer o ser vencidos, e si había de llover o cogerse mucho maíz, e qué tales habían de ser los temporales ... la vieja lo pronosticaba. E que antes o después de un día o dos que aquesto se hiciese, echaban allí en sacrificio un hombre ... e algunas mujeres ... . Yo le pregunté ... e dijo que bien vieja era e arrugada, e las tetas hasta el ombligo, y el cabello poco ... e los dientes luengos e agudos, como perro, e la color más oscura e negra que los indios, e los ojos hundidos y encendidos; y en fin él la pintaba en sus palabras como debe ser el diablo ... .E después de las consultaciones, esa vieja infernal se entraba en aquel pozo, e no la vían más hasta otra consulta.<sup>34</sup>

Las enfermedades, el hambre, las plagas, las malas condiciones climatológicas y la naturaleza enfurecida son, en ocasiones, para el autor de la *Historia*, pruebas o castigos de designio divino. Oviedo esboza cuadros escalofriantes, como el que sigue:

Y desta manera caían los hombres muertos de hambre, en aquella cibdad; los cristianos; y en la fortaleza que es dicha de Sancto Tomás, ... , también por la

<sup>34</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 120, tomo IV, libro XLII, cap. VI, pp. 397-398.

misma necesidad se le murió la mitad de la gente, e por toda la tierra estaban los indios muertos a cada parte. El hedor era muy grande y pestífero; las dolencias que acudieron sobre los cristianos fueron muchas, allende del hambre ...<sup>35</sup>

Sabemos que el impacto de las enfermedades europeas fue una de las causas del descenso demográfico de los nativos y que la letal viruela fue un aliado excepcional de Cortés contra los aztecas que defendían Tenochtitlán.<sup>36</sup> En lo referente a los colonizadores, Fernández de Oviedo también recalca tanto en enfermedades comunes como en males más extremos. De esta forma nos narra el origen del mal de las búas:

Padescieron más esto cristianos, primero pobladores desta isla, mucho trabajo con las niguas, e muy crueles dolores e pasión del mal de las búas, porque el origen dellas son las Indias. E digo bien las Indias, así por la tierra donde tan natural es esta dolencia como por las indias mujeres destas partes, pro cuya comunicación pasó esta plaga a algunos de los primeros españoles ... porque ... es mal contagioso.<sup>37</sup>

O nos cuenta sobre la virulencia de los ataques de las minúsculas niguas:

Esto de las niguas es una cosa viva e pequeñísima, mucho menor que la menor pulga que se puede ver. ... Este animal anda por el polvo ... . Entrase en los pies y en otras partes de la persona ... e comienza a comer carne ... E si con el tiempo no se sacan, son malas; ... como en esto tampoco eran diestros los cristianos, ... muchos perdían los pies por causa de estas niguas, o a lo menos algunos dedos ...<sup>38</sup>

El murciélago vampiro, el autóctono de las Indias, como portador de la rabia, fue un azote letal para muchos expedicionarios. Oviedo, quien

<sup>35</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 117, tomo I, libro II, cap. XIII, p. 48.

<sup>36</sup> John H. Elliott, *España, Europa y el mundo de ultramar (1500-1800)*, Taurus, Madrid, 2010, p. 172.

<sup>37</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 117, Tomo I, Libro II, Cap. XII, p. 9.

<sup>38</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 117, tomo I, libro II, cap. XIV, pp. 54-55.

reconoce haber sido mordido por ellos, dedica numerosas líneas a explicar de manera asombrosa los rasgos precisos y la tipología de estos animales; advierte que acostumbran a picar en la punta de la nariz, en las yemas de los dedos y que lo hacen de noche; que la saliva impide la cicatrización de la herida de forma que producen un sangrado continuo; detalla distintos remedios para curar la mordedura, como lavar la herida con sal, y subraya la gran peligrosidad para el ser humano.

Los maremotos también ocupan espacio en la *Historia natural y general de Las Indias*. Si bien se ha subrayado que nuestro cronista sigue la *Historia Natural* de Plinio, en este capítulo en el que explica de forma minuciosa y admirativa cómo temblaron los mares, Oviedo lo desautoriza. Nótese la exaltación de la naturaleza; la veracidad que le otorga a sus fuentes, todas citadas, y el detallismo descriptivo del fenómeno (aunque esto es solo un fragmento, la explicación que nos ofrece se extiende, en la edición de la BAE, casi tres páginas):

... Una cosa diré aquí que, aunque he setenta años, nunca antes había llegado a mi noticia semejante acaescimiento, y al presente el capitán Joan de Lobera ... me ha dicho, y también lo dice un maestre de una carabela, llamado Joanes, natural del condado de Vizcaya, e ambos testifican que ... el norte ventaba mucho, siete días había, sin César un punto, ... y esperando otro mejor, tembló la mar, e así creyeron que lo hizo la tierra que debajo de sí tenían. Esto fue entre las once e las doce horas de la noche, y de tal manera, que todos los de los navíos pensaron que habían dado en algunos bajos, y ocurrieron a las sondas e no hallaron suelo; y espantados ... acordaron de arribar; e fueron la vuelta de tierra ... . E salidos en tierra, supieron que en la misma sazón que pasó lo que está dicho de aquel temblor, tembló asimismo mucho la tierra de aquella provincia, e se siguió grandísimo daño en las heredades e en el campo. Parecióme notable cosa e dina de ponerse entre las diversidades de cosas que este libro VI tracta, ... porque moverse ... e temblar en tanta hondura, ... e sentirlo de tal manera que les pareció habían topado en rocas ... , caso para espantar e no de poca contemplación e admiración es a los que lo oyeren. Bien sé que escribió Plinio que ... jamás tiembla la tierra si la mar no está sosegada y el aire tranquilo ... , y estos ... dicen que la mar andaba muy alta y el viento muy excesivo ... , e la noche con muchos truenos e relámpagos e tiempo tempestuoso, muy diferente es e desviado lo que el Plinio dice de

lo que nuestros testigos afirman. Así como no supo este caso, es de creer que hay otras muchas particularidades que él no alcanzó, e que el mundo nunca cesará de enseñar novedades ... , y mucho más en estas Indias ...<sup>39</sup>

#### LOS RELATOS TRÁGICOS DE LA VIDA DE OVIEDO

Las fuerzas de cada uno no se manifiestan sino por las adversidades.

Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*<sup>40</sup>

Es la escritura un medio de trascender, de traer a la memoria los sufrimientos para gestar héroes y villanos.<sup>41</sup> El patetismo fue uno de los medios que integró Fernández de Oviedo en su crónica para persuadir y mover los afectos de los destinatarios y desprestigiar a sus adversarios. Y como de infortunios tampoco se libró nuestro cronista en su devenir vital, suministró a su preciado «letor» buena dosis de avatares trágicos que, a modo autobiográfico, intercaló estratégicamente en su magnánima *Historia*.

Su primera travesía hacia las Indias, en 1514, fue accidentada, pues, al poco de partir, una tempestad hizo dar marcha atrás a las tres embarcaciones de la expedición de Pedrarias, con riesgo de perecer en el viaje. Así lo narraba Oviedo, dándole las gracias a la Misericordia divina por haberlos salvado:

la postrera nao que salió del puerto era aquella en que yo yba, (..) y como ... la mar andaba brava, forzosamente hizo tornar el tiempo al armador al rio; ... y al entrar por la barra dio ciertos golpes en tierra y nos hubiéramos

<sup>39</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 117, tomo I, libro VI, cap. XXIX, pp. 186-188.

<sup>40</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 119, tomo III, libro XXIX, cap. XVII, p. 275.

<sup>41</sup> Nuestro cronista se perfila en su *Historia* como figura de la ejemplaridad y, como subraya Vanina M. Teglia, su protagonismo «está representado en espejo y oposición con su gran enemigo Pedrarias Dávila ... . Hay un énfasis puesto en demostrar cómo el poder es ejercido apropiadamente por Oviedo desde todo punto de vista ... ». Véase Vanina María Teglia, «Una corte de caballeros para el Nuevo

de perder por falta del piloto; y quiso Dios ayudarnos por su misericordia y que quasi pendiendo de un bordo por el agua surgimos dentro del rio ... de donde haviamos salido.<sup>42</sup>

También hace alusión Oviedo a la fiereza y peligrosidad del enemigo. El primer encuentro con los indios de flechas ponzoñosas de Santa Marta, a los que vencen con arcabuces,<sup>43</sup> deja una profunda impresión a nuestro historiador. En el combate entre los expedicionarios de Pedrarias y unos indios «bizarramente empenchados, de piel entintada con el subido escarlata de la bija, aullantes ... y capaces de flechar maléfica-mente»,<sup>44</sup> recibe Oviedo la peligrosa orden de leer a esos naturales el *Requerimiento* (1512) redactado por el jurista Palacios Rubios. Lectura que no puede ser llevada a cabo hasta que, paradójicamente, se hace huir de la playa al último de los indios que los atacaba. En su incursión por tierra en busca de las tribus, cae mortalmente uno de los compañeros de Oviedo:

el gobernador ... mandó que yo, el cronista, como veedor de minas e de las fundiciones de oro, saliese en tierra ... para que en el nascimiento e costas del río que entra en aquel puerto ... se catasen las minas; ... e que para esto fuese con nosotros Pedrarias Dávila, sobrino del gobernador, capitán del artillería, con hasta trescientos hombres; e que si se hallasen hombres indios, se les notificase el requerimiento que sus Majestades mandaron ... . E mandó el gobernador que yo llevase el requerimiento ... como si yo entendiera a los indios, para se lo leer, o tuviéramos allí quien se lo diera a entender, queriéndolo ellos oír; pues mostrarles el papel en que estaba escrito, poco hacía al caso, ... . Salimos en la playa más de trescientos hombres ... e para efectuar lo dicho, ... llegamos bien dos leguas apartados del puerto; y en el camino hallamos tres pueblos pequeños, e los indios habíanlos desamparado e huído al

Mundo: los proyectos [utópicos] de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, II:1 (2012), p. 18.

<sup>42</sup> Manuel Ballesteros, *Gonzalo Fernández de Oviedo*, p. 93.

<sup>43</sup> La épica de la pólvora toma consistencia en las crónicas de Indias.

<sup>44</sup> Pérez de Tudela, «Vida y escritos de Gonzalo Pérez de Oviedo», vol. 117, tomo I, p. 50.

monte ... . E pasados adelante ... a la subida de un monte ... , salieron algunos indios con mucha grita e súbita ... . Y allí me hirieron un hombre de los míos, que se decía Hernando de Arroyo, ... e le dieron con una flecha en la espini-lla de la pierna ... ; e fue tan poca la herida, que en dándole la flecha, se cayó en tierra; pero la hierba era tal, que al momento desmayó, e se vido que era mortal. E yo le hice sacar de allí a otros dos hombres míos, para que le lleva-sen a la nao ... ; pero al tercero día murió rabiando.<sup>45</sup>

Como muestra la narración, Oviedo cuestionó desde los inicios la misión que le encomendaron. El cronista reflexionaba así: «quisiera yo que aquel Requerimiento se les hiciera entender primero». Con su carác-ter intransigente, no pudo reprimir sus ansias de, sutilmente, transmi-tirle al gobernador lo ingenuo de aquella empresa:

Señor, parésceme que estos indios no quieren escuchar la teología deste reque-rimiento, ni vos teneis quien se lo de a entender; mande vuestra merced guar-dalle hasta que tengamos algún indio en una jaula que despacio lo aprenda o el señor obispo se lo de a entender.<sup>46</sup>

Una trágica experiencia en primera persona, pero no la única. Las desgracias familiares acompañaron a Oviedo durante su vida indiana. A poco de su llegada, sus dos hijos sufrían un envenenamiento en Santo Domingo al ingerir varios manzanillos ponzoñosos de la isla, un tipo de almendras venenosas. Un tiempo después, uno de ellos, tan solo con ocho años fallecía en el Darién.

Desde a dos meses después que llegué al Darién, me llevó Dios uno de mis hijos, en edad de ocho años, e junto con este pesar, lo que sentí de la muerte e falta del gobernador Lope de Sosa, muchas veces estuve determinado de me tornar en la mesma nao que fuí, si la necesidad e la vergüenza no me forza-ran, porque iba yo cargado de casa e mujer, e muy de asiento.<sup>47</sup>

<sup>45</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 119, tomo III, cap. VI-VII, pp. 212-232.

<sup>46</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, p. 230.

<sup>47</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 119, tomo III, libro XXIX, cap. XIV, p. 261.

En 1521, durante una visita a Panamá, su segunda mujer moría aquejada de unas fiebres. Fiebres que también contraería él varios años después.

E volví un sábado, nueve de noviembre del mismo año de mil e quinientos e veinte y uno. E otro día luego siguiente, que fué domingo, enterré a mi mujer, que había diez días que estaba enferma. E con el dolor de pérdida tan triste para mí, transportado e fuera de sentido, viendo muerta a mi mujer, que yo amaba más que a mí, estuve para perder el seso; porque demás de tan dulce compañía, e ser mi deseo vivir en el estado matrimonial, como buen cristiano, no era acostumbrado a las mancebas que mis vecinos tenían, e aun algunos duplicadas.<sup>48</sup>

El 19 de setiembre de 1522, además, sufría un atentado. La anécdota biográfica es digna de mención por lo que tiene de novelesco. En aquel entorno de rivalidades y de intrigas, y con la pluralidad de enemigos que el intransigente Oviedo se granjeaba, se urdía un plan para eliminarlo. Según el cronista, por orden del nada ejemplar deán de Santa María, Juan Pérez de Zaldueño, amigo y aliado de Pedrarias, un criado denominado Simón Bernal (cuyo padre había sido expulsado de aquellas tierras por Fernández de Oviedo) recibía el encargo de asesinar a nuestro cronista. La escena, tan cinematográfica, es para llevarla a la gran pantalla: a las afueras de la Iglesia de San Sebastián, a pleno sol, Oviedo charla animosamente con el alcalde de la zona, cuando Bernal, el vil criado, se aproxima por detrás con «un puñal luengo y muy afilado», asestándole, según narra Oviedo,

una gran cuchillada en la cabeza y descendió cortando por debaxo de la oreja siniestra e cortome un pedazo grande de la punta e hueso de la quixada y

<sup>48</sup> Nótese cómo aflora el Oviedo más moralista, a propósito de las malas costumbres de sus vecinos. A partir del descrédito de otros sujetos pecadores de su historia, construye el cronista su imagen de cristiano ejemplar. Esta muerte no solo pone en riesgo su estabilidad emocional (en tanto triste, trastornado y fuera de sentido) sino que podría llevarlo, en momentos de vulnerabilidad, a caer en la tentación con las mancebas. Véase Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 119, tomo III, libro XXIX, cap. XIV, p. 265.

entró hasta media mexilla, e fue tan grande e honda la herida que me derribó e dio conmigo en tierra; y al caer diome otras dos cuchilladas sobre el hombro izquierdo; e todo esto tan presto que antes que el alcalde le viesse ni yo me reconociese, era hecho todo lo dicho.<sup>49</sup>

Tras el ataque, el agresor huye y halla refugio temporalmente en la iglesia del deán, mientras un barbero y un confesor se encargan del escribano moribundo. Pero el deán no va a comprometerse por mucho tiempo, refugiando a un asesino. Bernal deambula por la ciudad, escondiéndose, sabiendo que lo han sentenciado a cortarle las dos manos y el pie izquierdo. Entretanto, el misericordioso Oviedo, que perdonó en el lecho de muerte a su agresor, mejora y denuncia al atacante ante la Ley. Finalmente, encuentran al infortunado malhechor escondido en un tonel, en espera de embarque hacia Jamaica. Le aplican la condena a Bernal y este muere desangrado por las amputaciones en la cárcel, a los tres días. Pedrarias había solicitado antes su liberación, pero esta llega un día tarde.

Dos pérdidas familiares más merecen cerrar nuestra exigua enumeración de trágicos trances en la vida de Oviedo: por un lado, el fallecimiento de su hijo mayor, Francisco González de Valdés, que lo había sucedido en el cargo de Veedor de Tierra Firme, que había marchado en la expedición de Diego de Almagro y que fallecía ahogado traspasando el río; y por el otro, la del hijo de Francisco, su nieto, que perdía la vida poco después de la muerte de su padre. Con el lamento desconsolado por estos dos seres queridos inicia y concluye el cronista este Capítulo VI:

escuchad, los que de verdaderas historias queréis parte, la continuación de este infelice camino e infelice ejército, e infelice cronista que os lo cuenta; y sabrés cuánta parte me cupo destes trabajos, e veréis que no son metáforas, sino tan al proprio dicantada la historia, que hasta para de eso poco que de la vida me queda, sea de padre desconsolado e lastimado con la muerte de un solo hijo que tenía e mis pecados dieron lugar que allí se perdiese ... y en el camino pasaron un río tan hondable e tan furioso, que fué maravilla no des-

<sup>49</sup> Manuel Ballesteros, *Gonzalo Fernández de Oviedo*, pp. 126-127.

baratarse la gente, aunque se ahogó en él el desdichado Francisco de Valdés, veedor de Tierra Firme, hijo del capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista desta *General Historia e Indias*, porque pueda más al propósito dolerse con los demás e le quepa tanta parte destas desaventuras; e porque su dolor no fuese sencillo, le quedaron un niño y una niña, hijos del dicho veedor, e desde a pocos días después que supo la desaventurada muerte del hijo ahogado, le llevó Dios el nieto en edad de cinco años, en esta cibdad de Sancto Domingo de la isla Española. Bendito sea Dios por todo; y aunque seyendo, como soy, hombre pasible, y la falta de tales debdos no puede dejar de lastimarme, sin dubda la mayor pena que siento es llevar Dios aquel mancebo, en la flor de su edad de veinte e siete años, con tal manera de muerte.<sup>50</sup>

#### EL «LIBRO INFERNAL» SOBRE PEDRARIAS

En el imaginario colectivo del Viejo Mundo del siglo XVI, el ser humano se hallaba inserto en un escenario de constantes luchas entre el Bien y el Mal.

En ese contexto, y en tanto discurso legitimador de la conquista, desde sus inicios, en la crónica de Oviedo la dimensión alegórico-moral se imbrica de forma indisoluble con la histórica. A una voluntad de verdad empírica, sustentada en la experiencia y en su condición de testigo ocular<sup>51</sup>, se adhiere férreamente la de una verdad cristiana, pilar de conducta por la que debieran moverse sus compatriotas en las Indias. Como señala Coello, el poso de la retórica tradicional, el providencialismo y la pastoral judeocristiana determinan el juicio de valores de este cronista, que configura «un discurso salpicado de héroes arquetípicos de un orden teológico cristiano en lucha contra las fuerzas del mal».<sup>52</sup> La *Historia* se erige, de este modo, instructiva en su totalidad, con una intención explícita de

<sup>50</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 121, tomo V, libro XLVII, cap. VI, pp. 148-149.

<sup>51</sup> Oviedo se ampara en la fiabilidad de sus fuentes, en aquellas circunstancias en las que el historiador no pudo presenciar los hechos. Su rigor historiográfico se justifica entonces con la constatación y certificación de la verdad de sus informantes.

<sup>52</sup> Véase contraportada en Alexandre Coello, *Historia y ficción. La escritura de la 'Historia general y natural de las Indias' de Gonzalo Fernández de Oviedo*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2012.

informar, persuadir y educar al lector para que emule personajes ejemplares y rehúya de comportamientos execrables y perniciosos.<sup>53</sup>

Con el devenir de los acontecimientos en Las Indias Nuevas, la gesta española muestra innegablemente sus aristas. A tenor de lo que la magnificencia y el desempeño de su cargo de cronista le instan, y educado en la tradición cultural bajomedieval castellana<sup>54</sup> de vasallaje y lealtad al monarca y a la Corona, sus textos revelan, entonces, las contradicciones propias del servidor real que asiste a un paulatino deslustre del proyecto de Carlos V en Tierra Firme. Habitados a ese gran magma encomiástico de la empresa imperial que late permanente en su la primera parte de su *Historia*, no nos pasa desapercibida la singularidad de este denso Libro XXIX en el que un inquisitivo Fernández de Oviedo, próximo al estilo lascasiano, se erige sumo enjuiciador de crueldades, vicios y falsedades de colonizadores y prelados. En los treinta y cuatro capítulos, la voz de Oviedo se torna crítica y clama responsabilidades individuales, señalando a quienes echaron por tierra los valores ejemplares del ideal caballeresco y de la historiografía cristiana que pregona en sus escritos.

«Cansado quedará el letor ... y aun indinado ... pero en éste verá la justicia de Dios»,<sup>55</sup> advierte el historiador en el Proemio. La indignación y el reproche se instauran en las primeras líneas, pues es «grande cosa adquirir el imperio; mas ciertamente, muy mayor es conservarlo después que es adquirido».

Del tópico de la alabanza al de la culpa, la acusación toma protagonismo en su discurso. Se detiene en el mal gobernador «que sube a algún

<sup>53</sup> Acerca de la incorporación del ideal caballeresco como modelo de conquistador en la crónica oviedense, véase la Tesis doctoral de Álvaro Félix Bolaños Cárdenas, *El líder ideal en el libro de caballerías y la crónica de Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, University of Kentucky, 1988.

<sup>54</sup> Para una aproximación al trasvase de elementos cronísticos castellanos bajomedievales a las crónicas de Indias, véase Víctor Muñoz Gómez, «El ideal militar hispánico: una propuesta sobre transferencias socioculturales y literarias de la Castilla medieval a la conquista española de América», *Medievalismo*, 29 (2019), pp. 323-354, <https://revistas.um.es/medievalismo/article/view/407031>

<sup>55</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 119, tomo III, libro XXIX, proemio, p. 204.

señorío, más por acaso e favor de la fortuna que por prudencia y virtudes, o por fraudes e mañas, sin méritos», que no debiera «mucho permanecer en tal estado»,<sup>56</sup> y que tendrá que enfrentarse a la justicia divina:

No sé yo cómo los cristianos a quien Dios pone en lugar alto y con administración de otros hombres sobre quien les da poder y jurisdicción, se olvidan y desacuerdan de su superior celestial, al cual ni se puede mentir sin que lo entienda, ni lisojeando ganar su gracia, mostrando uno en la lengua y guardando en el ánimo lo contrario que publican.<sup>57</sup>

Y de la gran hazaña del descubrimiento del Mar del Sur (caps. I-V) y de la peculiar lectura<sup>58</sup> del *Requerimiento* (cap. VII), se arriba a la llegada de Pedrarias Dávila a Santa María del Darién y su toma de posesión como gobernador. Los capítulos posteriores amalgaman todo un denso compendio de críticas contra este capitán segoviano, el obispo Quevedo y los conquistadores que, instruidos en la escuela de Dávila, lo acompañaban y que causaron, según Oviedo, la extinción de los indios de Castilla de Oro.

Cansancio es, y no poco, escribirlo yo y leerlo otros, y no bastaría papel ni tiempo a expresar enteramente lo que los capitanes hicieron para asolar los indios e robarlos e destruir la tierra, si todo se dijese tan puntualmente como se hizo; pero, pues dije de suso que en esta gobernación de Castilla del Oro había dos millones de indios, o eran incontables, es menester que se diga cómo se acabó tanta gente en tan poco tiempo.<sup>59</sup>

El retrato denigrante que hace de Pedrarias corresponde al de un ser diabólico, un tirano cruel y codicioso, asesino, ladrón y traidor, al haber ido, con sus acciones viles en contra de los intereses de la Corona.

<sup>56</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, p. 205.

<sup>57</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, p. 206.

<sup>58</sup> Como se comentó anteriormente, la oposición de Oviedo a la lectura del documento, en ese contexto, es clara.

<sup>59</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 119, tomo III, libro XXIX, cap. X, p. 241.

Tuvo una astucia e aviso Pedrarias, e con mucho cuidado: e fué que nunca consintió que en aquella cibdad del Darién hobiese regidores sino puestos por su mano, de criados suyos e personas de él aficionados e parciales, e no fechos al propósito de la república, sino para que en aquel concejo no se tratase ni hiciese ni se escribiese cosa alguna sin que él lo supiese; por lo cual el Rey ni su Ral Consejo nunca supieron más de aquello que el gobernador quería que se supiese por lengua de aquella cibdad.<sup>60</sup>

Denuncia su mal gobierno y su vileza «matando indios, assando otros, e haciendo comer a canes los unos, e atormentando a muchos, e usando de innumerables adulterios con mujeres infieles». <sup>61</sup> De la misma forma, procede frente a los Valverde, Hernando de Soto, Pizarro o Almagro, «porque no se puede decir que excuso los unos y desalabo los otros; sino que doy a cada uno el nombre que meresce». <sup>62</sup> El asesinato de Atahualpa o el de Núñez de Balboa lo indignan en exceso. Maldice la codicia y el oro, que han hecho verter tanta sangre y muestra su disconformidad sobre el repartimiento de los indios y sobre ahorcamientos de buenos cristianos.

En contraste, Gonzalo Fernández de Oviedo se erige en su crónica como servidor heroico, que procura dar noticia al Rey y que ejerce de ejemplo por sus provechosas acciones:

En toda aquella jurisdicción hice una buena cuadrilla de esclavos e negros para sacar oro de las minas. Concerté todas las diferencias que pude entre los vecinos sobre sus debdas, y en algunas puse de mi casa más que palabras por concertar e avenir las partes. Hice muchas ordenanzas y estatutos para pro e utilidad de la república. ... Hice en especial una cosa muy útil e provechosa a la cibdad e a mí, e a todos en general, que fué aquésta. Proveí una carabela mía de gente e vituallas, e bien armada de paz e de guerra, y enviéla a la parte de Levante, a los caribes de Cartagena e isla de Codego e

<sup>60</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, cap. XI, p. 249.

<sup>61</sup> Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, cap. VIII. Extraído de Alberto M. Salas, *Tres cronistas de Indias. Pedro Mártir, Oviedo, Las Casas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, p. 129.

<sup>62</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 119, tomo III, libro XXIX, cap. X, p. 248.

otras partes; e sin me ayudar el Rey ni otras personas, sino a mi costa propia, ... pacificando e amansando lo alterado; ... . A causa de lo cual, e por mi ejemplo, los vecinos del Darién compraron navíos, e algunos los hicieron de nuevo; e continuándose la misma granjería, se metieron en aquella cibdad. en breve tiempo, más de cincuenta mill pesos de oro, de paz e sin riesgo, ni matar ni enojar a indio ... . Lo cual fué causa de mucha reformation e remedio de aquella cibdad ... . Junto con esto fuí temido juez, por no haber disimulado los pecados públicos, ni dejado de hacer justicia (aunque templada fuese).<sup>63</sup>

Y que al granjearse tantas enemistades:

Y desta forma, en poco tiempo estuve mal quisto de los tales e de sus parciales; pero con los buenos e con los que estaban sin pasión, estaba en su gracia. Mas éstos no eran parte para me ayudar cuando me vieron en necesidad. Antes fueron pocos los que osaron mostrarse por mis amigos, porque vían notoriamente que el gobernador me era contrario e que hablaba mal en mí.<sup>64</sup>

Siente la necesidad de apelar a las emociones (*pathos*) del lector, para persuadir a la audiencia, en un afán de autoexculpación y de reconocimiento.

Bien conozco que algunos me culparán en lo escrito ... , pero mirad, lector, que también he yo de morir, e que me bastan mis culpas sin que las haga mayores, si no escribiese lo cierto, y entended que hablo con mi Rey, e que le he de decir verdad ... ; e que no mereciera perdón mi ánima si tales cosas callase, e que están muchas provincias asoladas e yermas en estas partes, e que no puede haber disimulación tan terrible y espantoso daño.<sup>65</sup>

<sup>63</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, cap. XV, p. 266.

<sup>64</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, cap. XV, p. 266.

<sup>65</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, cap. XXXIV, p. 354.

## OVIEDO, NARRADOR DE INFORTUNIOS Y NAUFRAGIOS

Porque sin dubda es grande la atención que los cristianos tienen en semejantes calamidades y naufragios para se encomendarse a Dios y a su gloriosa Madre; e así parece que los oye e son socorridos miraculosamente, como se verá y parece por los ejemplos y capítulos siguientes.  
Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*<sup>66</sup>

Ciertamente, les concede Oviedo a estas narraciones un valor especial. Son treinta naufragios que siguen el mismo patrón: una climatología adversa, el hundimiento y la aparición de una entidad divina que los socorre. Relatos noticiosos, escritos en clave alegórico-moral, poseen «un impresionante caudal de mirabilia»<sup>67</sup> que atrapa al lector.

El primero de ellos, «Del padre e hijo que andovieron en una tabla por la mar, hasta que el padre murió; e cómo escapó el hijo», es un relato corto, pero que nos aporta, sin embargo, las claves que vamos a encontrar en los restantes:

Año de mil e quinientos y trece venía una nao de España a esta isla Española, y erró la derrota ... .E allí iban un padre e hijo, naturales de Sevilla, e como vieron todos los de la nao que no podían escapar ... e que demás del peligro de la mar, en la tierra, ... los indios allí bravos ... e caribes flecheros, e que comen carne humana ... , dijo aquel hombre viejo a su hijo ... de veinte e cinco años ... : « ... es menester de nos encomendar a Dios que nos socorra ... . Yo no veo otro camino sino que te estés aquí a par de mí, e ten ojo en aquesta tabla que estoy arrimado ... ». El mancebo obedesció ... , la mayor parte de la gente se ahogó allí; e los que salieron ... vivos a tierra, fueron muertos por los indios ... , coronados ... , tresquilados, ... e *abierta una grand corona, como la usan los frailes de Sanct Benito* ... .<sup>68</sup> Tornando a la historia, el padre y el

<sup>66</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 121, tomo V, libro L, proemio, p. 308.

<sup>67</sup> Rolf Eberenz, «Los relatos de naufragios de Gonzalo Fernández de Oviedo», en *Les Lletres hispàniques als segles XVI, XVII I XVIII*, ed. Tomàs Martínez Romero, Publicacions de la Universitat Jaume I, Castelló de la Plana, 2005, p. 221.

<sup>68</sup> La cursiva es nuestra. Véase la nota humorística que incluye Fernández de Oviedo con esta sentencia.

hijo tovieron tal cuidado de aquella tabla, que en ella escaparon ... . E a cabo de tres días se murió el viejo, y el hijo lo echó en la mar porque su compañía había de ser de hedor (..). E al quinto día, acaso pasaba una carabela de cristianos, e vieron andar la tabla ... a causa del bulto del hombre que estaba abrazado en ella ... e recogió al hombre ... e se salvó por esta manera. ... Preguntéle que cuando aquella grand necesidad se había visto, que qué oración especial había hecho, encomendándose a Dios e sus Sanctos, e respondiome que siempre había tenido esperanza cierta en la gloriosa Virgen e Madre de Dios que le había de socorrer ... .<sup>69</sup>

El cronista introduce el relato con precisos datos de localización y descripciones detalladas de los protagonistas y de los peligros que los acechan (el mar, los indios...) para seguir con los tópicos de la tabla y de la providencial salvación del fervoroso creyente. El lector comprende que el mancebo se libra de perecer gracias a la ayuda de los cristianos y a su devoción por la Virgen de Sevilla. Según Rolf Eberenz, «el grado de elaboración de los naufragios de Oviedo varía mucho, al igual que su extensión», precisando que, si «algunos parecen haber sido escritos con cierta rapidez, ... . Otros, en cambio, revelan la ambición literaria del autor».<sup>70</sup>

Uno de los más conocidos en el episodio del licenciado Alonso Zuazo. Los náufragos arriban a una isla. Tienen que ideárselas para sobrevivir: hacer fuego, cazar lobos marinos, buscar huevos de aves... Tras muchos días, Santa Ana se le aparece a una de las niñas que se salvó de ahogarse y le indica dónde pueden encontrar esa preciada agua dulce que necesitan para subsistir en aquella isla inhóspita. Más recuperados y esperanzados ante la aparición divina, el heroico Zuazo pesca un fiero tiburón hembra, con la buena ventura que el animal, embarazado, lleva 35 crías en su vientre. La Divina Providencia y la acción épica de Zuazo suponen la salvación. El pez les suministra suficiente alimento hasta que consiguen fabricar un bote con unos troncos, salir a la mar y arribar a la isla vecina en busca de ayuda.

<sup>69</sup> Fernández de Oviedo, *Historia*, vol. 121, tomo V, libro L, cap. I, pp. 308-309.

<sup>70</sup> Rolf Eberenz, «Los relatos de naufragios de Gonzalo Fernández de Oviedo», p. 208.

Arrom ha señalado la importancia de este Libro L y recuerda que es Oviedo quien instauro el motivo de los temidos tiburones en la narrativa de estos infortunios:

Le faltaba a Oviedo el asombro de Colón, la ternura de Pané, la compasión y la ira de Las Casas. Pero cabe asimismo destacar que ... llevaba hacia rumbos inéditos el tema de los naufragios iniciado por Colón y lo enriquecía con motivos inusitados. Es Oviedo, por ejemplo, quien instauro el de los temidos tiburones. ... Desconocer sus empeños pioneros sería patente injusticia, como sería ver solo sus flaquezas e ignorar sus méritos.<sup>71</sup>

De este Libro de naufragios lo más relevante aquí es el puesto estratégico que ocupan estos, al final de su obra, introducidos por un Proemio y con un capítulo final a modo de cierre. Para la crítica, «es evidente que Oviedo los colocó deliberadamente».<sup>72</sup> En consecuencia, y a tenor del fracaso de la conquista, esta estructura puede leerse como un intento final de relativización del entusiasmo primero. No olvidemos que la crónica se inicia con el feliz descubrimiento y la exaltación del Nuevo Mundo, prosigue con una ingente historia natural, general y moral, y concluye con un apéndice de episodios trágicos.

#### CONCLUSIONES

En los noventa, Hayden White examinaba las relaciones existentes entre el discurso histórico y la moral, concluyendo que «donde, en una descripción de la realidad, está presente la narrativa, podemos estar seguros de que también está presente la moralidad o el impulso moralizante».<sup>73</sup>

<sup>71</sup> José Juan Arrom, «Gonzalo Fernández de Oviedo, relator de episodios y narrador de naufragios», p. 123.

<sup>72</sup> Rolf Eberenz, «Los relatos de naufragios de Gonzalo Fernández de Oviedo», p. 221.

<sup>73</sup> «¿Podemos alguna vez narrar sin moralizar?». Con este cuestionamiento cierra White el primer ensayo de su célebre libro. Véase, Hayden White, *El conte-*

En el ideario oviedense, la grandeza del hombre residía en la virtud moral. Su crónica, tan humana y dramática, ilustra, en consecuencia, la pugna que las fuerzas del Bien y el Mal entablaron en aquel otro espacio, un Nuevo Mundo, en el que, para todos, naturales o europeos, hubo su buena dosis de padecimientos, de castigos. El hambre, las plagas, las enfermedades, las adversidades naturales, todos los pecados capitales e innumerables fuerzas diabólicas danzan por su *Historia*, como un desfile apocalíptico, acongojando al lector. En el otro extremo, una exultante naturaleza, grandiosa y maravillosa, símbolo de la inocencia, de la abundancia y de la divinidad.

De todo ello se concluye que *La Historia general y natural de las Indias* fue también una historia moral. Crítico y mordaz con el indio, pero también con los conquistadores, el incondicional servidor de Carlos V fue un humanista quimérico, que creyó en una empresa utópica. La imagen que trasluce del continente americano pasa de la exaltación a la problemática; de un iluso optimismo primero, al pesimismo que envuelve a su libro «infernial» o a los relatos de los «Naufragios» al final de su monumental crónica. Como asevera Gerbi, en la *Historia*:

la ilustración de las obras y maravillas de la naturaleza es un himno perpetuo al Señor; pero el relato de lo que los españoles han sufrido en las Indias tiene más de lamento fúnebre que de epopeya.<sup>74</sup>

Sumo enjuiciador ante todo y ante todos, su rigor moralizante no discriminó en absoluto. La verdad<sup>75</sup> y el juicio de valor ético fueron los pila-

*nido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Paidós, Barcelona, 1992, pp. 38-39.

<sup>74</sup> Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, p. 299.

<sup>75</sup> «La historia ... ahora es la verdad, lisa y llana, sin retóricas ni adornos. Renglones desnudos de palabras artificiosas, pero copiosos de verdad, le promete a Carlos V ... Oviedo conoce bien los riesgos de esta postura que adopta y sostiene con la soberbia de quien se siente amparado por su propia conducta. Un poco ingenuamente piensa que el sonido de sus renglones puede moderar la conducta de los hombres que gobiernan a otros hombres, escarmentarlos o detenerlos definitiva-

res que sostuvieron la palabra del cronista del Emperador. Desde su bastión alzado, en su fortaleza en Santo Domingo, se sintió implacable, con jurisprudencia para señalar a diestro y siniestro, e indistintamente, pecados y pecadores; cual celoso amo de las llaves del cielo y del infierno.

#### BIBLIOGRAFÍA DE OBRAS CITADAS

- Arrom, José Juan, «Gonzalo Fernández de Oviedo, relator de episodios y narrador de naufragios», en *Casa de las Américas*, vol. 141 (1983), pp. 114-123.
- Ballesteros, Manuel, *Gonzalo Fernández de Oviedo*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1981.
- Bolaños Cárdenas, *El líder ideal en el libro de caballerías y la crónica de Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, University of Kentucky, 1988.
- Coello de la Rosa, Alexandre, *De la naturaleza y el Nuevo Mundo: maravilla y exotismo en Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1537)*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 2002.
- Coello de la Rosa, Alexandre, «Gigantes y patagones como relato épico retórico en el Libro XX de la Historia general y natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés», *Revista de Estudios Hispánicos*, XXXIV:1 (2007), pp. 21-42.
- Coello de la Rosa, Alexandre, *Historia y ficción. La escritura de la 'Historia general y natural de las Indias' de Gonzalo Fernández de Oviedo*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2012.
- Eberenz, Rolf, «Los relatos de naufragios de Gonzalo Fernández de Oviedo», en *Les Lletres hispàniques als segles XVI, XVII i XVIII*, ed. Tomàs Martínez Romero, Publicacions de la Universitat Jaume I, Castelló de la Plana, 2005, pp. 201-224.
- Elliot, John H., *España, Europa y el mundo de ultramar (1500- 1800)*, Taurus, Madrid, 2010.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Biblioteca de Autores Españoles, Atlas, Madrid, 1959, 5 vols.

mente ante la acción al recordar que está el alcaide dispuesto a hacer una cruda historia de sus hechos y a censurarlos en la eternidad». Véase Alberto M. Salas, *Tres cronistas de Indias. Pedro Mártir, Oviedo, Las Casas*, pp. 84-85.

- Gerbi, Antonello, *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- Moore, Charles B., «Conquista y crítica: el arte de la invectiva contra Hernando de Soto en la Historia General y Natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo», *South Atlantic Review* LXXIV:4 (2009), pp. 67-87.
- Muñoz Gómez, Víctor, «El ideal militar hispánico: una propuesta sobre transferencias socioculturales y literarias de la Castilla medieval a la conquista española de América», *Medievalismo*, 29 (2019), 323-354, <https://revistas.um.es/medievalismo/article/view/407031>.
- Pérez de Tudela Bueno, Juan, «Vida y escritos de Gonzalo Pérez de Oviedo», en Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Biblioteca de Autores Españoles, Atlas, Madrid, 1959, 5 vols.
- Salas, Alberto, «Fernández de Oviedo, crítico de la conquista y de los conquistadores», *Cuadernos Americanos*, LXXIV (1954), pp. 160-170.
- Salas, Alberto M., *Tres cronistas de Indias. Pedro Mártir, Oviedo, Las Casas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.
- Sampedro Vizcaya, Benita, «Historia oficial versus historia personal: las fronteras del “yo” en la crónica de Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo», en *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Madrid 6-11 de julio de 1998)*, eds. Florencio Sevilla y Carlos Alvar, Castalia, Madrid, 2000.
- Teglia, Vanina María, «Una corte de caballeros para el Nuevo Mundo: los proyectos [utópicos] de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, II:1 (2012), pp. 1-20.
- White, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Paidós, Barcelona, 1992.